

EL IDEAL SOCIAL EN MARX. VIGENCIA PARA EL SIGLO XXI.

PLÁ LEÓN, RAFAEL

Buena parte de los análisis críticos hacia la experiencia socialista del siglo XX que se hicieron en la pasada década tras la caída del campo socialista y de la Unión Soviética se caracterizaba por un oportunismo político e ideológico que llevaba a la renuncia de plano respecto del comunismo esbozado por Marx como el ideal social que superaría efectivamente las contradicciones propias de un régimen de producción social basado en la explotación de la mano de obra asalariada.

Las aguas corridas desde aquellos años de euforia triunfante del neoliberalismo no han traído el sosiego anhelado por los teóricos de la restauración burguesa y han planteado de nuevo la cuestión de las alternativas al orden social que con harta evidencia provoca los desequilibrios sociales del mundo actual. Pero a lo más que se ha podido llegar en los últimos tiempos es a replantear la necesidad de buscar un sistema distinto de repartición de la riqueza que no sea por las normas que imponen las condiciones de la producción organizada según los intereses económicos de la clase burguesa.¹ El diseño de nuevas “utopías” intenta cubrir el espacio que ha dejado vacío la reflexión científica sobria que inspira el pensamiento de orientación marxista.

Por otra parte, es necesario reconocer que las experiencias socialistas del siglo XX no resultaron ser la superación anhelada del modo burgués de producción y que serias dificultades se erigieron en valladares infranqueables que deben ser identificados y tomados en cuenta para las venideras experiencias del siglo XXI. La experiencia socialista del siglo XX en buena medida ha sido responsable de la decepción de las masas obreras con respecto al ideal comunista. Es elocuente la afirmación de un autor norteamericano nada simpatizante del marxismo, pero quien reconocía determinadas virtudes en él que lo hacían un valioso instrumento movilizador: “Si no tuviéramos a la vista a Rusia como lección objetiva del marxismo aplicado a la práctica, quizá sus apremios constituyesen un competidor más formidable de nuestra fe”.² No afirmo esto en el plano de renunciar por completo a la experiencia socialista europea como a una herencia extraña al cuerpo cultural del socialismo y del comunismo que debemos asumir, sino en el de evaluar con detenida consideración los “pro” y los “contra” de aquella experiencia para el desarrollo perspectivo del movimiento. Lo primero que debe afirmarse en lo tocante a la cuestión del ideal social de un movimiento revolucionario presente o futuro es que el comunismo no ha sido aún desplazado del horizonte político e ideológico como ideal social alternativo al capitalismo.

No me refiero en este punto a que estas fuerzas aún se mantengan organizadas ideológicamente bajo el ideal comunista y que, por tanto, lo postulen en sus programas; sino a que el comunismo sigue siendo el ideal social que plantea una solución efectiva a las contradicciones propias de la forma burguesa de organización social. Incluso si se disolvieran todas las fuerzas políticamente orientadas hacia el comunismo, incluso si no existiera intelectual alguno que lo reivindicara como ideal social válido a considerar, el comunismo

¹ Entre la abundante bibliografía que ya circula podemos mencionar la obra de autores que han estado ligados de una forma u otra al movimiento del Foro Social Mundial o al Foro Mundial de Alternativas (Samir Amín, Francois Houtart, Emir Sader, Win Dierckxsens, entre otros), así como autores que ya desde antes llevaban a cabo esta crítica al capitalismo con propuestas socialistas no ligadas al comunismo soviético, como es la obra de Franz Hinkelammert. (Cfr: Win Dierckxsens: *Del neoliberalismo al Postcapitalismo*, DEI, San José, Costa Rica, 2000; Franz Hinkelammert: *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*, DEI, San José, Costa Rica, 1995; Emir Sader y Pablo Gentili (compiladores): *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003).

² Robert L. Heilbroner: *Los filósofos de la vida material*, Aguilar, México, 1956, p. 339.

mantendría total vigencia, puesto que su vitalidad no depende de las consideraciones subjetivas de los hombres, sino de las posiciones sociales objetivas que presenta la correlación de clases en la sociedad contemporánea, del rol objetivo de las mismas y de su movimiento perspectivo dentro del tejido social donde adquieren sentido. Una cuestión bien distinta es la de que ese ideal social objetivo sea comprendido y asimilado por las fuerzas sociales llamadas por su situación a impulsarlo y realizarlo. Esto ya tiene mucho que ver con la percepción social que ha provocado la experiencia socialista del siglo XX, tanto en los países de Europa como en los del Tercer Mundo donde fueron ensayados proyectos de esta índole.

Los aspectos negativos de la experiencia socialista del siglo XX no hablan en contra del postulado comunista de organización de la sociedad, sino a favor de un análisis concreto, sin los prejuicios propios de la mentalidad específicamente burguesa, para superar las dificultades prácticas reales que enfrentó la materialización del ideal comunista en la lucha por suprimir la propiedad privada como fundamento de la estructuración de las sociedades que basaban la acumulación de su riqueza en la explotación del trabajo ajeno.

Otra cuestión de particular importancia en que creemos necesario insistir es que la recuperación del comunismo en el siglo XXI no puede ir por la vía de las propuestas de utopías irrealizables por principio, aunque reconocemos que el llamado a la utopía ha servido de fuente de movilización y convocatoria de las fuerzas revolucionarias frente al derrotismo característico de la última década.

Comúnmente el socialismo del siglo XX se caracterizó por un concepto de comunismo que tenía más de kantiano que de marxista: el postulado de que el comunismo es una forma social “ideal”, es decir, que puede darse solo en el “concepto”, no en la “realidad”. Esto estaba íntimamente relacionado con las inmensas dificultades prácticas que se alzaban en los distintos intentos de construir una nueva sociedad bajo principios radicalmente diferentes a los de toda sociedad que haya conocido hasta hoy la historia humana. En este contexto es que renace con un prestigio insospechable la noción de la “utopía comunista” o de cualquier otra utopía de signo colectivo, en contraposición al orden burgués del capital con el culto al individualismo extremo expresado en las distintas fórmulas del mercado.

La noción de utopía así “rescatada” perdía todo el sentido peyorativo que originalmente le dio el marxismo, para adquirir un significado progresista. Esto tiene que ver también, en parte, con la interpretación de la teoría del marxismo por ciertos sectores religiosos revolucionarios de compromiso social, inconformes con los enfoques conservadores de la doctrina social de la Iglesia (entiéndase: “teología de la liberación”).

Si solo fuera un problema del término que adquiriera uno u otro significado, no tendría la mayor importancia práctica entrar en disquisiciones teóricas en torno al verdadero contenido que representa. Pero lo cierto es que por utopías se siguen presentando modelos de sociedad que pasan por alto las condiciones concretas de evolución de las formas sociales, las categorías con que la sociedad va concretamente conformando sus relaciones internas para procurarse los bienes de que se sirve su actividad.

De modo que resulta un asunto de extrema importancia para el pensamiento revolucionario retomar la distinción marxista entre “utopías” e “ideales” para replantear el problema del carácter realista y nada ingenuo del comunismo como ideal de superación de las relaciones burguesas de producción. La distinción característica del modo kantiano de concebir el ideal en divorcio radical respecto de la realidad fue superada en su momento por la concepción hegeliana de identidad del pensamiento y la realidad. No hay un ideal como horizonte inalcanzable que, no obstante, nos atraiga hacia él como modelo de perfección, mejorando nuestra actividad diaria, ajustando y corrigiendo constantemente la acción en correspondencia con este ideal. En la realidad el ideal se va *realizando* con la acción misma. Si la idea nos

sigue pareciendo mejor que lo logrado esto no indica más que el hecho de que el ideal continúa moviendo nuestra actividad, que la realidad aún puede moverse según el principio que la anima. Pero un ideal *mueve* a la acción mientras lo consideremos verdadero y pretendamos tomarlo de guía de nuestra acción cotidiana. Pero si de entrada sabemos que es irrealizable, no tiene sentido plantearnos seriamente su realización, puesto que estaríamos planteándonos la posibilidad real de perder el tiempo, es decir, de perder el trabajo invertido en la puesta en práctica del mismo.

No hay que desesperarse por que no se vea fácilmente un “fin” en el camino. Es necesario tener una percepción del camino en todo su trayecto para no perder el ánimo. De hecho no resulta saludable plantearse el ideal como *meta* a alcanzar, el ideal debe ser planteado como principio de realización de la actividad humana encaminada a un fin —que es algo bien distinto. En este sentido estaríamos poniendo el énfasis más en la *actividad* que en el *producto* de la actividad, aunque este producto no sea indiferente a la propia actividad. La fijación de metas o límites estrictos a la actividad humana trae como consecuencia la subordinación irreflexiva a dichas metas ideales, a la conversión de dichas metas en ídolos sociales a los que debe el hombre ofrecer sacrificios. De lo que se trata simplemente es de dirigir la actividad según los principios que dicte la realidad material que ofrece los recursos para que se realice dicha actividad. La “meta” final en esta “carrera”, es decir, la brújula que guía el movimiento, la debe constituir el logro de unas relaciones sociales que excluyan definitivamente la explotación de una parte de la sociedad por otra en las tareas propias de la producción social. Fuera de esto carece de sentido tratar de dibujar en detalles un modelo de sociedad específico para el futuro de la humanidad. Esta “meta” nos llevaría primero a un paso, luego a otro, luego incluso a volver sobre lo que ya se consideraba resuelto para volver a construirlo, y así sucesivamente.

Frente a los intentos de plantear nuevas utopías que muevan a los revolucionarios, es necesario retomar el análisis *científico* —esto es, objetivo— del movimiento de la sociedad al comunismo desde la altura teórica propuesta originalmente por Marx y desarrollada posteriormente por otros revolucionarios que en la práctica intentaron tamaña proeza, o sea, recuperando la *dialéctica* específicamente *materialista* en su sentido de *teoría de la revolución*, y no en su forma esclerótica y dogmática de los manuales al uso de la época soviética y de los documentos partidistas justificatorios de un régimen de dominación que poco tenía en común con el ideal comunista.

El problema del rescate de la dialéctica como estilo de pensamiento que pueda concebir la revolución social que necesita el modo burgués de producción y organización de la vida social del mundo contemporáneo, resulta una de las cuestiones neurálgicas de la teoría marxista actual. Hoy no se habla casi de este método y, por lo tanto, no abundan las investigaciones teóricas que estudien sus leyes y categorías. La cuestión tiende a ser dramática y no puramente teórica si se comprende que un nivel determinado de desarrollo del pensamiento es indispensable para entender de qué se trata el problema de la superación comunista de la sociedad burguesa, para entender que ese tipo de sociedad no puede enterrarse mientras el “sujeto” encargado de esta tarea esté acostumbrado a una visión donde lo cotidiano se sacralice e impida ver la posibilidad misma del cambio. Sin un pensamiento dialéctico entrenado, a lo sumo soñaríamos con cambiar el mundo, pero solo para buscar una posición más cómoda dentro del mismo tipo de relaciones sociales.

Este trabajo de recuperación pasa por varias vías: en primer lugar, por el rescate de ciertos instrumentos teóricos deformados por la interpretación vulgar o revisionista de los mismos; en segundo lugar, por el estudio de las formas contemporáneas en que se presenta hoy el contenido de los conceptos clásicos de la teoría social marxista; por último, por la

conceptualización de las nuevas formas sociales que portan nuevos contenidos desarrollados por el devenir histórico de la sociedad.

En lo tocante a la primera de estas líneas de investigación teórica es necesario encaminar la recuperación depurando a los conceptos del marxismo clásico de todo el contenido vulgar con que fueron entendidos en el siglo XX por las más diversas corrientes políticas e ideológicas. Porque no se puede negar que muchos conceptos fueron maltratados por el entendimiento vulgar, otorgándoles un contenido diferente al que originalmente tuvieron en los clásicos. Aquí habría que revisar cuestiones como la de la “enajenación”, el propio concepto del “comunismo”, el de “socialismo”, el de “división social del trabajo”, el de “clase social”, el de “formación social”, el de “sociedad civil” y muchos otros. Cada uno de ellos puede exhibir una historia completa de tergiversación del contenido original, que precisa de rectificación si se quiere enderezar la comprensión del asunto respectivo. Desde el punto de vista teórico conviene revitalizar el estudio y la discusión acerca del problema de la *eliminación de la división social del trabajo* como premisa ineludible en el tránsito hacia formas comunistas de organización de la sociedad, reconsiderando críticamente la labor histórica que en este plano pudo haber realizado el campo socialista. Igualmente habría que recuperar la teoría marxista y leninista acerca de la *extinción del Estado*, frente al evidente reforzamiento del mismo en las experiencias socialistas del XX de modo injustificado, es decir, más allá de las necesidades propias del enfrentamiento clasista con la burguesía. La lista pudiera completarse con muchas otras cuestiones.

Otra cosa es que el contenido de los conceptos y categorías no es estático y cambia en la medida que cambia la sociedad que les da sentido. De modo que la conciencia teórica debe estar al tanto de la evolución del contenido de los conceptos que arman una sociedad, para expresarlos adecuadamente. Estoy pensando en que una posible salida a la fuerte discusión que aqueja al marxismo en torno al concepto de “proletariado” pueda zanjarse por vía del estudio de las formas contemporáneas de esta clase social que enriquecerían el concepto y mantendrían con vida buena parte de la doctrina marxista hoy en entredicho. Para esto, evidentemente, es necesario llegar al “corazón” del concepto mismo de “proletariado”, a su diferencia específica, y luego, en correspondencia con la forma contemporánea, reconsiderar las tareas políticas y de otra índole de esa clase en su lucha contra la burguesía.

Por último, por supuesto —y en eso se encontrarían quizás más coincidencias—, está el camino de desarrollar nuevos instrumentos teóricos para la realidad que ha dejado de ser la misma. Pero esta vía de desarrollo de la teoría nada tiene que ver con el llamado “revisiónismo” de corte bernsteiniano, que reconsideraba los principales postulados del marxismo clásico en el sentido de conservar el estado de cosas que la lucha revolucionaria debía superar. De lo que se trata es de adaptar las formas de lucha a las condiciones actuales para que sea más efectiva, no de adaptarse derrotistamente para sacar el mejor partido posible de la situación, dejando las cosas en su mismo sitio, dejando intacto el sistema de relaciones basado en la explotación del trabajo asalariado. El movimiento comunista tiene para esto la experiencia histórica clásica de la relación de Lenin hacia la herencia teórica de Marx y Engels. No hubo nunca una relación de endiosamiento de la palabra de los fundadores, donde consideró adecuado no dudó en cambiar los postulados teóricos necesarios (como es el caso de su teoría del “eslabón más débil”, que se contraponía a la del triunfo simultáneo de la revolución comunista en todos los países “civilizados” a la vez, que bien temprano habían postulado Marx y Engels). A su vez, Lenin combatió abiertamente el revisionismo de Bernstein y otros líderes de la socialdemocracia europea reunida en la II Internacional, quienes con sus “desarrollos” no lograban otra cosa que renunciar definitivamente a la transformación revolucionaria de la sociedad burguesa, adaptándose —y acomodándose

oportunistamente— a las formas económicas, políticas y sociales que la burguesía había diseñado como “naturales” y “eternas”.

Por esta última vía habría que reconsiderar la cuestión de la conquista de la *hegemonía ideológica comunista* en el plano de la vida cotidiana, de los métodos que se apliquen para lograrla, que no pueden ser reducidos a la imposición violenta que supone la aplicación de un régimen político de “dictadura del proletariado”. Recordando lo que he mencionado más arriba sobre la eliminación de la división social del trabajo y del Estado en una formación social comunista, una cosa necesariamente lleva a la otra: no puede esperarse que la ideología comunista —entendida en su esencia, no engañosamente como ha ocurrido en muchos procesos contemporáneos— sea aceptada por la sociedad en su conjunto si esta sociedad está compuesta por individuos que ocupan una posición limitada dentro de una división social del trabajo que enajena a los productores respecto de la actividad social. El proceso de hegemonía de la ideología comunista no puede ser previo al establecimiento de las formas políticas y económicas del comunismo, ni tampoco posterior; debe ser un proceso simultáneo, debe ser la otra cara del mismo proceso.

El espacio no permite ampliar sobre cada uno de estos momentos, ni mucho menos abundar en ejemplos concretos que ilustren lo que se quiere decir. Aquí solo he pretendido dar algunos elementos de discusión acerca de la importancia que le doy a la recuperación del enfoque teórico que primó en el marxismo decimonónico al analizar cada experiencia de la lucha práctica y que luego declinó a favor de un practicismo o un escolasticismo, determinados ambos por el oportunismo político de las distintas fuerzas que lucharon en el siglo XX por la materialización del socialismo. La idea de que es necesario hoy más que nunca hacer una contribución efectiva a la reafirmación del comunismo como aquel ideal social cuyos principios conducen a la superación del estado de cosas reinante en el capitalismo hoy en crisis debe reafirmarse como referente ideológico en nuestra época, pero con los sonidos de la época, sin desafinar con los contemporáneos, pero tampoco supeditándose a las formas que la burguesía impone al pensamiento. En este proceso la experiencia socialista cubana tiene cosas que mostrar, pero también mucho que aprender.